



EL
ESCUDO
DEL
CEPILLADO

Esa mañana, Willy despertó con un rugido extraño en su boca.

—¡Somos los restos de comida y venimos a quedarnos! —decían unas migajas traviesas escondidas entre sus dientes.



De repente, aparecieron también unos bichitos llamados placas, que bailaban felices en sus muelitas.

—Si nadie nos molesta, construiremos una casa aquí y haremos un gran festín —gritaron.

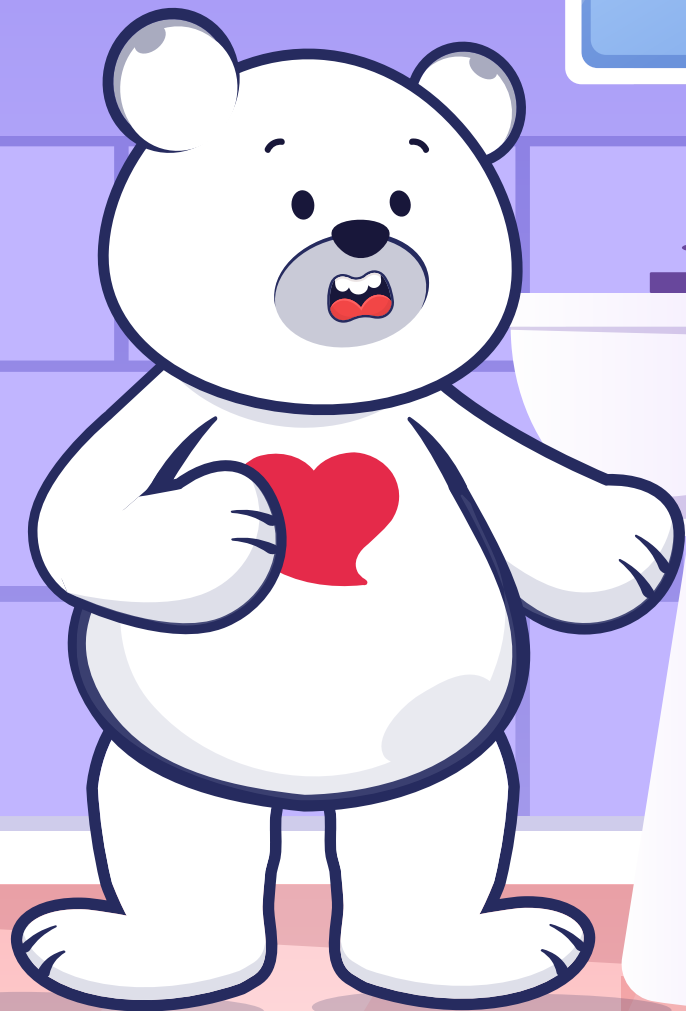




Willy corrió al
espejo y abrió la
boca. No veía
nada, pero sentía
que algo raro
pasaba.

—Abuelita, ¿tengo monstruos en los dientes?

—preguntó asustado. Ella sonrió y le dijo:



—No son monstruos, son bichitos invisibles. Si no los quitamos, pueden hacer agujeros llamados caries. Pero tranquilo, hay un escudo mágico que los vence:

¡el cepillado!



La abuelita le entregó su cepillo con pasta dental. Willy lo sostuvo como si fuera una espada brillante.

—¿Y cómo lucho con él?
—preguntó.

—Cepillando cada rincón
—explicó ella:
—los de arriba, los de abajo, por dentro, por fuera y también la lengua.





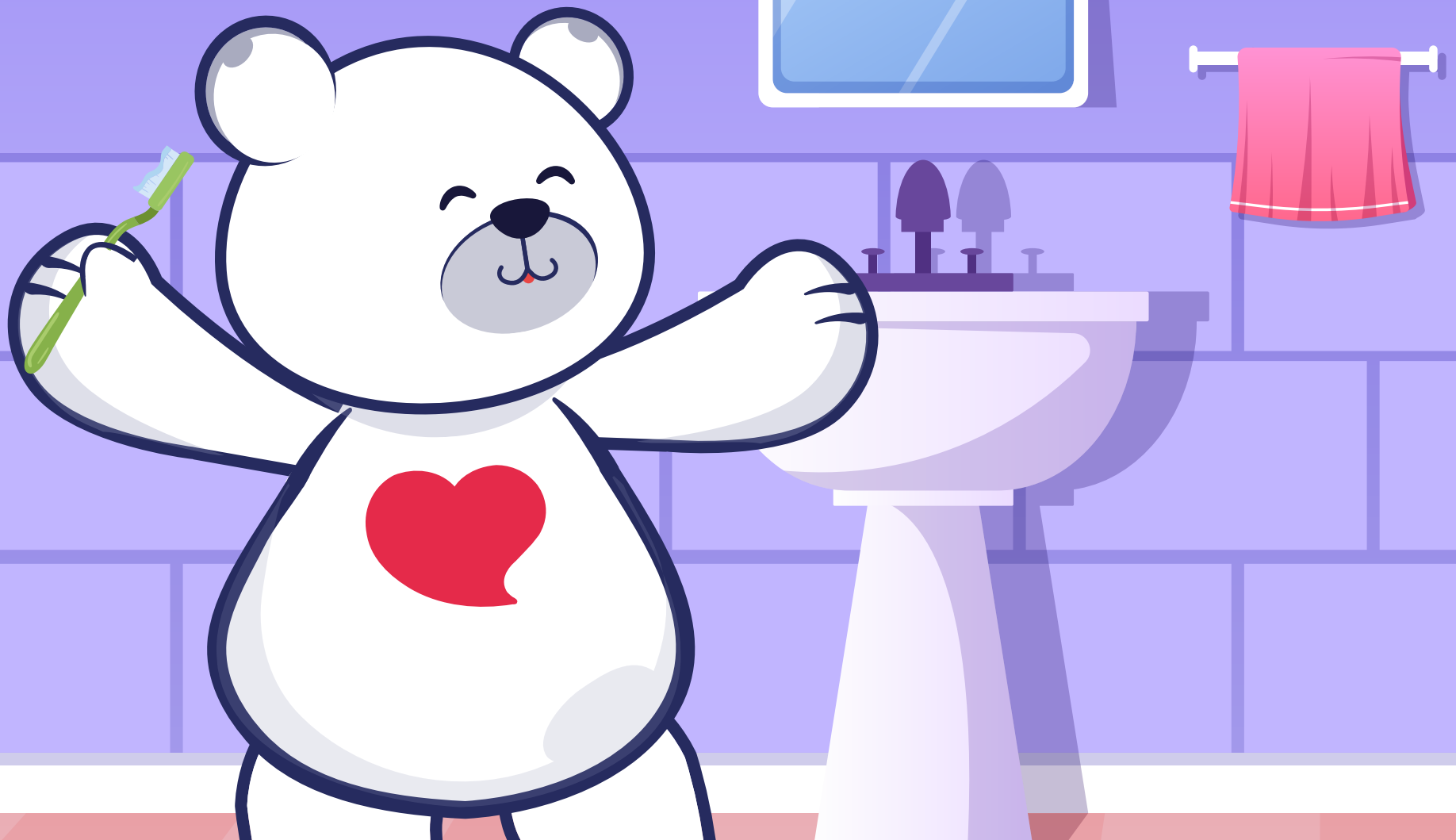
Willy comenzó a cepillar con fuerza y dedicación. Las placas gritaban:

—¡Nooo, nos están derrotando!

Enjuagó su boca con agua y vio en su mente cómo los bichitos desaparecían por el desagüe.

Con una sonrisa limpia y fresca, Willy levantó el cepillo como un verdadero guerrero.

—¡He vencido la batalla de los dientes! —exclamó.



Esa noche, antes de dormir, repitió su ritual. Y comprendió que cada cepillado era como ponerse un escudo invisible que protegía su sonrisa y mantenía fuerte a su corazón.

